

***Crítica cultural* como práctica de independencia¹**

Catalina Forttes Zalaquett

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

catalina.forttes@ucv.cl

Acerca del trabajo de Nelly Richard se ha escrito, dialogado y creado durante los últimos 30 años tanto a nivel nacional como internacional. Esto debido a que la fuerza discursiva de su pensamiento radica en una robustez y la flexibilidad capaz de generar más discurso. Richard es un referente inevitable a la hora de iniciar discusiones respecto de la visibilidad y las posibilidades políticas del arte y la literatura en el cambio de siglo, ya que nos develó un vocabulario propio para trabajar, adaptar y disputar el pensamiento metropolitano desde nuestras realidades y contextos.

Este *dossier* tiene como objetivo resaltar el poder crítico de la obra de Nelly Richard por medio de cinco estudios concernientes a los orígenes, el impacto y el legado de la *Revista de crítica cultural*, sin duda una de las plataformas críticas más relevantes para el Chile de la postdictadura y la configuración de la crítica cultural como una práctica abierta tanto a artistas como intelectuales. Si bien los trabajos que reúne este número de *Taller de Letras* se piensan desde la academia nacional y la norteamericana, todos coinciden en resaltar la independencia del proyecto editorial y crítico de la revista. La academia resalta el valor de un proyecto que instaura en Chile la posibilidad de hacer un trabajo crítico sistemático desde afuera de las instituciones tradicionalmente encargadas de la producción de conocimiento y al margen del mundo empresarial que en las últimas décadas del siglo se instala como productor de realidad. La revista es uno de los pocos ejemplos a nivel global donde la izquierda desencantada encuentra un espacio no institucionalizado desde donde hacer un comentario de cultura. Los artículos historizan el papel de la *escena de avanzada* en los ochenta y proyectan su legado hacia la transición y la configuración de la *Revista de crítica cultural* contrastando este proyecto con el de los estudios culturales norteamericanos.

Quisiera recalcar que en mi lectura la marginalidad o independencia de la *Revista de crítica cultural* radica principalmente en que es un proyecto extrauniversitario. La academia no es el espacio que convoca al proyecto de Richard, sino la voluntad de pensar y problematizar el momento de la cultura desde un lenguaje que sospecha de toda centralidad. La crítica cultural no aspira a ser parte de las nuevas burocracias de la transición y expresa suspicacia frente a la renovación de los lenguajes de la izquierda desencantada

¹ Este texto fue leído el 28 de agosto del 2014 para el lanzamiento del número 54 de *Taller de Letras* de la Pontificia Universidad Católica de Chile en el centro Gabriela Mistral. La revista incluyó un *dossier* dedicado a la *Revista de crítica cultural* en la que escribieron críticos como Patricia Espinosa, Michael Lazzara, Raúl Rodríguez Freire, Macarena Silva y César Zamorano en torno al papel de la *Revista de crítica cultural* dentro del contexto político, crítico y estético de la postdictadura. La presentación del *dossier* se hizo mediante un diálogo entre Nelly Richard, Diamela Eltit y Rubí Carreño, la canción de Karen Wenzl y el texto que se expone aquí.

que asume la tarea de negociar la nueva democracia desde sus experticias disciplinares.

Pienso, a diferencia de Ana del Sarto, que la especificidad de la Crítica Cultural frente a los Estudios Culturales no se ancla únicamente en la distinción entre una materialidad discursiva social o estética, sino más bien en la centralidad de la academia en la producción y reflexión en torno al evento estético y político.

La universidad es en el caso metropolitano el lugar en el que se refugiará la izquierda herida y agotada a hacer su reflexión. John Beverly ya nos contó que después del fracaso del sandinismo en 1990 había que retirarse a pensar en cómo redefinir la agenda crítica latinoamericana en la academia norteamericana y que los libros que marcaron el campo crítico a partir de los noventa fueron aquellos que leían el campo en términos postnacionales y no a partir de la experiencia y la solidaridad con proyectos redentivos. El trabajo crítico metropolitano en torno a Latinoamérica se va a hacer desde las universidades, las que inevitablemente absorberán a sus burocracias y sus lógicas de producción de conocimiento la fuerza crítica de su reflexión. Recuerdo decir a un profesor norteamericano a propósito de la institucionalización de los Estudios Culturales que el instante en que pierden fuerza es el preciso momento en que se abren departamentos con su nombre y se contratan profesores para enseñar formas de leer y problematizar la cultura. El estudio del campo de la cultura, por definición, en constante movimiento y disputa, se transforma así en un área disciplinar híbrida capaz de contener a la izquierda norteamericana. Es así también como explicamos que figuras emblemáticas como Angela Davis pueden pasar de la clandestinidad a la legitimación académica. Estos tipos de movimientos son difíciles de imaginar en nuestro contexto especialmente durante los años noventa y aunque nos parezca evidente que un proyecto como el de la *Revista* se construya al margen de la academia nacional quiero insistir en que la *Revista de crítica cultural* como plantea Diamela Eltit en la presentación de este *dossier* es un proyecto que se sustenta sobre un nomadismo crítico y cultural que no aspira a la centralidad y que elige como locus siempre el afuera. Lo radical de esta propuesta es la búsqueda de un afuera aun después del desencanto y para lo que se necesita de un gesto creativo de imaginación y fuga.

La revista

La dictadura quebró en Chile con una tradición de debate cultural por medio del formato de revista, una tradición que a nivel latinoamericano, como postula Claudia Gilman, había ofrecido durante los años sesenta y setenta un espacio para la construcción de redes de solidaridad creativa y política y también había sido tribuna para el debate en torno a la función social y estética del escritor o el productor cultural. Así, el proyecto de Nelly Richard conversa inevitablemente con las revistas de los años sesenta como *Casa de las Américas*, las revistas que se gestaron en el exilio chileno con el fin de preservar y continuar una reflexión crítica acerca de los procesos culturales chilenos como *La revista chilena de literatura en el exilio* y las revistas argentinas como *Punto de vista* y *Babel*, que en los años ochenta y noventa contribuyeron a la renovación del campo de la cultura después de un proceso equivalente en muchos aspectos al nuestro. La *Revista de crítica*

cultural repone así la presencia de este formato en el campo de la cultura y difunde por medio de este un modo de movilizar la resistencia desde la reflexión interdisciplinaria y la producción estética.

Crítica cultural como práctica

La *Revista de crítica cultural* recoge y promueve el trabajo del crítico de la cultura, una figura que a diferencia del intelectual público no tiene como objetivo educar a la ciudadanía respecto de sus espacios de inscripción y los lenguajes que permiten la articulación de la denuncia, sino que su objetivo principal es desnaturalizar los lenguajes del sentido común y el *statu quo* por medio de la desestabilización del signo. Alineándose a la tradición de la vanguardia del siglo XX la crítica cultural entiende en mi lectura el trabajo del artista y el intelectual a partir de lo que Octavio Paz llamó pasión crítica, es decir, una relación negativa con el mundo como lo representamos y conocemos. Los artículos del *dossier* aluden al esfuerzo que hace la crítica cultural en la posdictadura por construir un relato acerca del horror de la experiencia dictatorial y la forma en que este comentario se realizó desde y mediante la materialidad de la estética. El crítico cultural asume que no hay versiones completas del pasado y que la experiencia del horror y la desaparición siempre se le escapará al que sobrevive para contarlos, por lo que el trabajo del crítico cultural debe hacerse a partir de lo fragmentario y lo oblicuo (para utilizar un término de Richard). Así, la crítica cultural se distancia del trabajo en la cultura de la "izquierda renovada" a la que se le encarga resucitar la actividad cultural en transición y articular una narrativa de carácter patrimonial de la historia reciente. El aporte de la crítica cultural se hace desde el encuentro transdisciplinario de las artes, el que provee a la ciudadanía de herramientas simbólicas para la representación del reclamo y la exigencia reivindicativa, pasando así por alto restricciones codificadas desde el poder hegemónico. El proyecto de la crítica cultural llega a los espacios restringidos de la discursividad de la izquierda posdictatorial. Un ejemplo notorio de esta práctica en acción que probablemente todos guardamos en nuestra memoria fueron las manos ensangrentadas que acompañaron las imágenes de la detención de Pinochet en Londres en 1998. La visibilización del duelo silencioso se hizo por medio de una reutilización de los medios de difusión oficiales y así las cámaras de CNN transmitieron a todo el mundo una demanda cifrada en un lenguaje simbólico cargado de fuerza política. La crítica cultural instala en Chile la posibilidad de intervenir todos los espacios que el poder ha sanitizado. Así la calle, el cuerpo, e incluso los medios se convierten en un campo de batalla donde la crítica cultural llama la atención acerca de las aporías del poder. Creo imposible pensar en la forma en que se ha manifestado el movimiento estudiantil sin considerar el antecedente de la crítica cultural y su origen en el trabajo del CADA y la escena de Avanzada. Los besos colectivos por la educación, el lucido baile de *zombies* frente a La Moneda y el no más lucro son el legado de una forma de entender el papel del arte en relación con lo político y lo social. Me pregunto qué pensará hoy Hernán Vidal del impacto social de la demanda articulada desde el arte al ver las imágenes por *emol* de estudiantes corriendo de negro alrededor de La Moneda no solo

por los estudiantes sino también por demandas sociales históricas.² Lo que en los ochenta fue parte de la contracultura y la resistencia a la dictadura es legado para una generación que no comparte las restricciones simbólicas de haber crecido en hogares silenciosos y actualizan las preguntas en torno al significado y el papel del arte dentro de un contexto de represión, porque como muchos hemos probado en carne propia, la letra y el pagaré reprime y esclaviza. Así nos lo demostró nuestro gran Papas fritas con la quema de los documentos de la deuda de los estudiantes de la Universidad del Mar. Pienso hoy que la candidatura de Pedro Lemebel y la omisión de Diamela Eltit fue también una acción de crítica cultural y que las cosas se hayan dado como se dieron visibiliza la forma en que el campo de la cultura se mapea y la necesidad de seguir pensando y creando en los límites del lenguaje y el sentido común.

Obras citadas

- Beverly, John. "Introducción". *Subalternidad y representación*. Madrid: Iberoamericana, 2004.
- John Beverley, et al., eds., *The Postmodernism Debate in Latin America*, Durham, Duke University Press, 1993, pp. 282-306.
- Del Sarto, Ana, "Cultural Critique in Latin America or Latin-American Cultural Studies?". *Journal of Latin American Cultural Studies*, núm. 9.3, 2000, pp. 235-247.
- Gilman, Claudia. *Entre La pluma y el Fusil. Debates y Dilemas del Escritor Revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2003.
- Papas Fritas, Francisco. Proyecto Kombi. *Ad Augusta per Angusta: Declaración de Francisco Papas Fritas*. <https://www.youtube.com/watch?v=loZLhYUkyYc>. Cordones Audiovisuales: Documentales para la liberación, 14 Mayo, 2014.

² Me refiero a la postura que asume Hernán Vidal en relación con el proyecto de Nelly Richard en "Postmodernism, Postleftism, Neo-Avant-Gardism: The Case of Chile's *Revista de Crítica Cultural*". Publicado en la edición especial de *Boundary 2: The Postmodern Debate in Latin America*, en 1993.